

1. De dónde viene el interés por los lectores y la lectura

La preocupación de los Estados por la producción de información acerca de la lectura es bastante reciente. A diferencia de la prolongada historia que tiene la enseñanza sistemática de la lectura, la construcción de estadísticas e investigaciones sobre la lectura comenzó en el período de entreguerras, particularmente en los Estados Unidos y Alemania (Poulaine, 2004: 18). En esta etapa, la necesidad de dimensionar el grado de difusión de las prácticas de lectura estaba asociada al interés del sector editorial y a las políticas de modernización cultural impulsadas por los Estados nacionales.

En Francia –país que ha desarrollado un intenso debate sobre este tema– las encuestas de lectura se comenzaron a desarrollar sistemáticamente desde la década de 1950, cuando se intensificó el interés acerca de la formación de lectores y se trataba no solo de dar cuenta de la difusión de la práctica de la lectura sino también del perfil de quienes leían (Donnat, 2004).

Recientemente, el desarrollo de una sociología de la lectura se alimentó de un recrudescimiento de la noción de “crisis del libro y la lectura”. Esta idea hizo su aparición en la última década del siglo XIX en Francia y se presentó como una crisis por sobreproducción: se trataba de una industria editorial que producía más de lo que el mercado lector francés (en decidido crecimiento desde mediados de siglo) podía absorber. En cambio, la noción actualmente extendida de crisis del libro y la lectura no se relaciona tanto con el consumo de la producción editorial sino con el cambio cultural, particularmente en términos de la competencia entre el libro y otros soportes para la lectura como las pantallas de computadoras (Chartier, 2003: 21).

En la Argentina estos estudios tienen antecedentes recientes. El Sistema Nacional de Consumos Culturales (Jefatura de Gabinete de

Ministros, 2004 y 2006) incluye, en encuestas periódicas, el consumo de libros dentro de sus relevamientos. A su vez, este sistema estudia un conjunto más amplio de prácticas de lectura consideradas como diversas formas de consumo cultural (lectura de libros, revistas, diarios). Estos estudios se dirigen fundamentalmente a producir información sobre la evolución de los mercados culturales, incluyendo un universo de actividades relacionadas con el cine, la televisión, el tiempo libre, el teatro, la participación ciudadana, el turismo, la radio, la música y las nuevas tecnologías. En algunos casos específicos se han realizado investigaciones de consumos culturales de los docentes considerados como una población particular y mediante una metodología que permite la comparación a escala regional respecto a docentes de Argentina, Brasil, Perú y Uruguay (Tenti-Fanfani, 2005).

Los estudios actuales sobre la difusión de la lectura provienen de dos actitudes diferentes. Por un lado, la sociología de la lectura se propone dar cuenta del tipo de prácticas y sentidos relacionados con la lectura. Estos estudios coinciden en mostrar que, más allá de un posible retroceso en la lectura de libros, las prácticas de lectura se diseminan, se multiplican, se difunden y se vuelven cada vez más heterogéneas.

La otra actitud proviene directamente del proyecto ilustrado. La idea de que la construcción de una ciudadanía democrática requiere un acceso irrestricto a los bienes culturales reinstala la preocupación en relación con la lectura de libros. Por una parte, formar lectores críticos es dotar a las nuevas generaciones de herramientas de ciudadanía. Por otra parte, los libros son un vehículo privilegiado para el pensamiento crítico y reflexivo frente a otros soportes y modos de organización de los textos.

El riesgo de la tensión entre una actitud ilustrada que concede privilegios al libro y una sociológica que asume la proliferación de prácticas de lectura es caer en una añoranza melancólica acerca de una edad de oro pérdida de la lectura de libros (Chartier, 2003: 78 y 179). Frente a esta actitud de restauración, la lectura de libros puede plantearse como un desafío político emancipatorio y democratizador que se apoye en el reconocimiento de una diversidad de prácticas de lectura (Programa Provincial de Lectura en la Escuela, DGCyE, 2009).

Los estudios producidos en el campo de la sociología de la lectura han dado lugar a un debate acerca de las encuestas de lectura. Las discusiones se han centrado en la interpretación de mediciones sobre la lectura de libros construidas en torno de preguntas tales como “¿cuántos libros leíste en el último año?”. Con esta medición se trata de determinar la condición de lector asiduo, ocasional o “no lector” de quien responde (Robledo, 2007). Esta pregunta puede parecer de respuesta sencilla: un número, una cantidad resuelve el asunto. Sin embargo, tras la inmediatez de la unidad “libro” y de la práctica “lectura” se oculta una gran complejidad.

Las críticas a las mediciones sobre la lectura se han centrado en la cuestión de la legitimidad social e histórica variable con que se encuentra investida la práctica de lectura de libros (Poulain, 2004: 29). Por otra parte, la propia noción de medición involucra una norma de lectura que, oculta en los cuestionarios o en la mirada de los investigadores, pueden invisibilizar otras prácticas de lectura (Détrez, 2004: 90).

Estas críticas no invalidan las encuestas sobre la lectura sino que abren un campo de reflexividad necesario. Llevan a prestar atención a la construcción histórica y social de unas normas de lectura y al modo en que distintos sujetos sociales se posicionan en relación con estas.

2. Cantidad y calidad

La medición de la condición del lector se apoya en el supuesto de que la lectura de libros es una “unidad de medida” adecuada para determinar cuantitativamente el valor de un lector. Esta es una tentación difícil de resistir en el campo de los estudios de gran escala. La reducción a unidades cuantitativas discretas, que permiten cuantificar con independencia de la diversidad cualitativa de las prácticas y los objetos, resuelve el problema de determinar para una población dada el grado de difusión de esas prácticas.

Esta operación requiere tener presente que se está tratando un conjunto diverso de prácticas y objetos como si fueran prácticas y objetos homogéneos, comparables entre sí, asimilables a una misma escala.

Una cuantificación de este tipo permite realizar importantes operaciones de comparación, pero exige otro tipo de indagaciones para comprender dichas prácticas y la complejidad de las relaciones que establecen las personas con distintos objetos culturales.

Los estudios que se centran en encuestas cerradas, que producen información cuantitativa sobre una práctica cultural, en este caso sobre la lectura, tienen la limitación de que la información producida puede dar una respuesta limitada al análisis de la práctica que toman por objeto. Es decir, un estudio cuantitativo puede dar respuesta a las necesidades de comparación: determinar si un segmento etario lee más o menos cantidad de libros que otro, si la sociedad de un país o de una región lee más o menos libros que en el pasado, si quienes poseen una educación superior leen más o menos. Sin embargo, estos estudios no son suficientes para responder a qué se deben esos fenómenos ni cuál es la naturaleza de la relación entre libros y lectores.

Llevando al extremo este razonamiento, podría decirse que “leer” no es lo único que puede hacerse con los libros. Ray Bradbury en *Fahrenheit 451* advierte acerca de la quema de libros como una de las expresiones de un régimen represivo con consecuencias profundas en la constitución subjetiva de los personajes. Por su parte, Vázquez Montalbán, a través de su personaje Pepe Carvalho, relata un provocador uso de la quema de libros como el modo en que el protagonista de sus novelas ajusta cuentas con su pasado. En *El nombre de la rosa*, Umberto Eco hace de un libro en particular el vehículo de la muerte para impedir la circulación de un conocimiento perturbador para el orden establecido en un monasterio medieval. Incluso en un registro menos extremo, Walter Benjamin relata una relación emotiva con los libros que desplaza la lectura a un segundo plano. En su artículo “Desembalo mi biblioteca (discurso sobre la bibliomanía)”, Benjamin (1986) cuenta las pasiones que animan al coleccionista de libros. Detalla las vías a través de las cuales se forma la biblioteca del bibliómano y revela un tipo particular de relación con los libros: la posesión, la fascinación por la historia que subyace a la apropiación de los libros.

Sin leerlos, entonces, los libros pueden prestarse a múltiples usos como objetos culturales (Chartier, 2003). De este modo, así como hay un conjunto de prácticas de lectura que exceden la lectura de libros, hay usos de los libros que exceden las prácticas de lectura.

3. La memoria de las prácticas

Por otra parte, las indagaciones acerca de la lectura de libros suelen suponer que es posible contabilizar, llevar algo así como una memoria o inventario de los libros leídos, con cierta precisión. Sin embargo, la operación de evocar los libros que se han leído en un cierto período puede ser muy compleja (Chartier, Anne-Marie, 2004). La lectura como conjunto de prácticas diversas, animadas y apoyadas en lazos subjetivos de distinta naturaleza con los libros hace que sea difícil determinar el conteo. ¿Cómo despejar en esa mirada retrospectiva la lectura en tiempo de ocio, la lectura placentera, la lectura compulsiva, la lectura “pasajera” o para ocupar el tiempo, la lectura instrumental, y toda la diseminación de vínculos y afectos que subtienden la lectura de libros?

La cuestión planteada en torno de esta objeción es el carácter “memorable” u ordinario de una práctica. La condición rutinaria de una práctica puede permitir su rápida rememoración, aunque por lo mismo, frecuentemente inhabilita su reconocimiento y por lo tanto su medición o dimensionamiento para los propios actores de dichas prácticas. En cambio, una práctica excepcional puede volverse memorable porque interrumpe el flujo cotidiano de los acontecimientos y acciones. Ahora bien, entre uno y otro extremo existen múltiples configuraciones que pueden hacer que una práctica se vuelva más o menos reconocible para un actor (Chartier, Anne-Marie, 2004: 113). En el caso de la lectura eso puede dar lugar a que los entrevistados tiendan a identificar solo las lecturas “memorables” mientras se eclipsen las lecturas rutinarias.

Además, existe otro supuesto que es posible determinar con claridad: qué quiere decir “haber leído un libro”. ¿Leer un libro significa hojearlo? ¿Es posible decir que se ha leído un libro cuando se comenzó la lectura y se la interrumpió? ¿Es condición haber leído el libro por completo, en el orden esperado y con un ritmo regular? ¿Cuántos modos distintos existen de leer un libro? ¿Qué sucede con los libros en nuevos soportes, como los

soportes digitales, por ejemplo?

Estas preguntas, que complejizan la noción de “haber leído un libro”, no solo son expresión de cambios actuales o recientes en relación con las prácticas de la lectura. Las prácticas de lectura tienen una historia, han experimentado transformaciones en el tiempo. La lectura como práctica individual, la lectura silenciosa, la lectura privada, la lectura como práctica de ocio, son invenciones que se han agregado para configurar un modelo de práctica cultural valorado, frente al cual se contrastan otras modalidades de la lectura (Chartier y Cavallo, 1998).

Los cambios culturales que dan lugar a las transformaciones políticas de fines del siglo XVIII en Europa y a los procesos de la emancipación americana, involucran el nacimiento de la esfera de la vida privada, incluyendo allí las prácticas de lectura individual y silenciosa, pero a la vez un nuevo espacio público de circulación de los textos impresos, particularmente los libros, como uno de los fundamentos de la nueva ciudadanía política (Chartier, 2003: 85-86).

Por otra parte, esta historicidad de la lectura parece volverse más compleja en años recientes, cuando los cambios culturales presagian una transformación radical en los soportes de lectura, los modos de interactuar con los textos y los usos posibles y efectivos de la lectura.

4. Conclusiones

Los estudios sobre los lectores y la lectura son el resultado de una intersección entre tres campos de problemas: el lector como sujeto, la lectura como práctica y el libro como objeto cultural. La lectura de libros es solo un elemento de esta intersección. Los libros pueden ser objeto de múltiples prácticas más allá de la lectura, y pueden ser investidos de un amplio conjunto de sentidos. Asimismo, la lectura no solo involucra libros, sino que puede leerse cualquier soporte textual, y en el límite, sería posible también las ciudades, leer los ciclos naturales, los signos de la vida cotidiana (Darnton, 2009: 13).

Atendiendo a este carácter histórico situado de la lectura, es importante mantener en vigencia la pregunta sobre cuántos libros se leen. Un

tratamiento irreflexivo de la información producida por estos estudios puede esconder un patrón de valoración de un cierto tipo de práctica: la lectura individual, como actividad privada y silenciosa, de libros entendidos como unidades discretas, medibles y comparables, preferentemente en contextos de ocio. Para lograr explotar la potencia explicativa que se oculta detrás de esta pregunta resulta necesario entonces abrir otros interrogantes que permitan dimensionar en qué medida estas imágenes privilegiadas sobre lo que significa “haber leído un libro” eclipsan otras prácticas de lectura, otros materiales de lectura, otros soportes y otros usos de la lectura.

Explicitar la norma de lectura que anima estas investigaciones no implica renegar dicha norma. Por el contrario, la inscripción de la norma de lectura de libros en el contexto de un proyecto político-educativo democratizador y emancipador, como un elemento de la formación de ciudadanos críticos y como un factor enriquecedor de los sujetos, debe ser defendida, y a ese propósito deben contribuir las investigaciones en marcha.

5. Bibliografía

Benjamin, Walter, Desembalo mi biblioteca (discurso sobre la bibliomanía), en Revista Punto de Vista, Año IX, N° 26, abril de 1986.

Chartier, Anne-Marie, La memoria y el olvido, o cómo leen los jóvenes profesores, en Lahie, Bernard (comp.) Sociología de la lectura, Barcelona, Editorial Gedisa, 2004.

Chartier, Roger y Cavallo, Guglielmo (dir.), Historia de la lectura en el mundo occidental, Madrid, Taurus, 1998.

Chartier, Roger, Cultura escrita, literatura e historia, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Darnton, Robert, La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa, México, Fondo de Cultura Económica, 2009.

Détrez, Christine, “Una encuesta longitudinal sobre las prácticas de lectura de los adolescentes”, en Lahie, Bernard (comp.) Sociología de la lectura, Barcelona, Editorial Gedisa, 2004.

Mauger, Gérard, “El retroceso de la lectura. Cuatro hipótesis”, en Lahie, Bernard (comp.) Sociología de la lectura, Barcelona, Editorial Gedisa, 2004.

Poulaine, Martin, “Entre preocupaciones sociales e investigación científica: el

desarrollo de sociologías de la lectura en Francia en el siglo XX”, en Lahie, Bernard (comp.), Sociología de la lectura, Barcelona, Editorial Gedisa, 2004.

Programa Provincial de Lectura en la Escuela. Leer literatura en la escuela secundaria. Propuestas para el trabajo en el aula. Dirección General de Cultura y Educación de la provincia de Buenos Aires, 2009.

Robledo, Beatriz Helena, “Alcances y limitaciones de las encuestas sobre la lectura”, en Revista Trama & Texturas, Número 4, diciembre de 2007.

Sistema Nacional de Consumos Culturales. Jefatura de Gabinete de Ministros. Presidencia de la Nación. www.consumosculturales.gov.ar

Tenti-Fanfani, Emilio, La condición docente. Análisis comparado de la Argentina, Brasil, Perú y Uruguay, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.